

## 1931, un año clave en la trayectoria ramirista S.B.

Algún autor, llevado de sus formación mecanicista y su celo de policía del pensamiento ha llegado a escribir que Ledesma Ramos, al no subsumir su empeño político en una “función fascista cabalmente acomodada al grado de desarrollo de la formación social española”, estaría “literalmente en Babia” en orden a la conformación del movimiento fascista en los años treinta en nuestro país (1). Sólo que Del Águila —y los autores de la *escuela* de Del Águila— parte de un error de base ciertamente muy extendido y que está en contradicción con la realidad histórica y los documentos hasta hoy existentes: Ledesma no pretende crear un movimiento fascista en 1931, mucho menos en enero de 1934 —cuando abandona definitivamente el partido falangista, cabalmente convencido de que su carácter intrínsecamente contrarrevolucionario y sucursalista— y en absoluto cuando publica el semanario *Nuestra Revolución*, en vísperas del estallido de la guerra civil (2). En cualquier caso, jamás el fascismo diseñado *après la lettre* por el *antifascismo* en boga.

La realidad, en este como en otros casos, está en absoluto desacuerdo con la ficción. Desde el inicio de la actividad política, Ledesma se había propuesto como objetivo ineludible la atracción de un amplísimo sustrato popular y obrero. “La revolución nacional española — escribía en su *Discurso a las juventudes de España*— no puede prescindir de las masas” (3). Como *posliberal* y *antiindividualista*, la revolución nacional de Ledesma ha de llevarse a cabo, obviamente, *contra* la izquierda burguesa, [pero] acaba por comprender —tras su paréntesis en las filas falangistas— que es *imposible* con Primo de Rivera y, desde luego, siempre *con* la izquierda revolucionaria (4). Y, ¿dónde estaba ese sustrato en 1931? En la CNT y en la UGT. ¿Por qué se decanta Ledesma por la CNT en lugar de la UGT? En primer lugar, hay que decir, que Ledesma veía en el anarcosindicalismo un gran movimiento de masas de *honda raigambre española* y *sin interferencias internacionalistas*, una fuerza *libre de prejuicios frente a la acción revolucionaria*: “Los Sindicatos Únicos (...) movilizan fuerzas obreras del más bravo y magnífico carácter revolucionario que existen en España. Gente soreliana, con educación y formación antipacifista y guerrera, es hoy el cuerpo de combate decisivo contra el artilugio burgués” (5). En segundo lugar, Ledesma consideraba [que] el socialismo marxista (UGT-PSOE), no había logrado “salir del orbe de los fines de individuo” y que, pese a su verborrea, era “individualista”, permanecía “anclado en el mundo viejo” (6) y, en definitiva no era sino el “último cartucho de la burguesía alfeñique y temblorosa, incapaz y reaccionaria” (7).

Es preciso significar que la CNT se encontraba en 1931 sumida en una profunda crisis de liderazgo y al vaivén de las disputas entre *faístas* —aventureros anarquistas— y *trentistas* —sindicalistas puros— y a Ledesma no le parecía en absoluto empresa dificultosa enderezar el rumbo de la organización desde una óptica nacional-revolucionaria. Que Ledesma —lejos de “estar en Babia” — no se había equivocado de sujeto histórico —para emplear una terminología marxiana— da idea, por ejemplo, las opiniones de líderes comunistas revolucionarios —tenidos en tan alta consideración por Ledesma— como Andreu Nin, Joaquín Maurín y el mismo Trotski.

Nin, en diciembre de 1931, escribía: “Atraerse a las masas organizadas en la CNT es una condición indispensable para el triunfo de la revolución proletaria, pero hay que conquistarlas, no haciendo concesiones a la ideología de los dirigentes anarcosindicalistas, sino combatiéndola implacablemente y demostrando que ésta, carente de objetivos inmediatos, conducirá al proletariado a una derrota segura” (8). Maurín, por su parte, escribirá años más tarde en su *Revolución y contrarrevolución en España*: “Faltas de un verdadero partido revolucionario, las masas se orientaron hacia la CNT y la avalancha tomó proporciones considerables. (...) La revolución social encontraba en ellos, más que en los socialistas, una interpretación efectiva, y eso explica el aflujo de las masas a sus organizaciones (...) En 1931, la CNT-FAI ocupaba a su manera un lugar histórico comparable al partido bolchevique en Rusia en 1917” (9). Por último, un atento observador de los acontecimientos españoles, como lo fue Trotski desde su exilio, afirmaba,

precisamente en enero de 1931, que la CNT agrupaba “incontestablemente los elementos más combativos del proletariado. La selección se hizo a lo largo de muchos años. Consolidar esta confederación y transformarla en una verdadera organización de masas es el imperioso deber de todo obrero avanzado y sobre todo de los obreros comunistas” (10).

¿Por qué acaba pactando Ledesma con Primo de Rivera? Porque ve desbaratarse su estrategia cuando en el congreso de los Sindicatos Únicos, que se celebrará en el madrileño Teatro Conservatorio, el núcleo de la FAI —Buenaventura Durruti, García Oliver y Federica Montseny— se hacen con las riendas de la organización en detrimento del ala sindicalista —Ángel Pestaña, Juan Peiró, Juan López, Ricardo Fornells, Sebastián Clará y José Moix— firmantes del llamado *Manifiesto de los treinta*, documento que de facto certificaba en lo sucesivo su marginación y posterior separación de la CNT para formar los Sindicatos de Oposición que más tarde darán lugar al Partido Sindicalista (11).

Las opiniones de Ledesma en tal sentido son absolutamente claras y rotundas: tras apoyar sin fisuras la opción de Ángel Pestaña y a su sindicalismo revolucionario como “el único capacitado para dirigir un ataque nada sospechoso a las instituciones mediocres que se agruparán en torno a la política demoliberal de los burgueses” (12), el fundador de las JONS no dudará en atacar virulentamente al grupo que se ha encaramado al poder en la CNT y al que Ledesma no duda en calificar de gente “anacrónica y energuménica”, “la facción más irresponsable y al mismo tiempo la que mejor maneja las trampas y los ardides de entre bastidores”, de caminar “del brazo de la burguesía radical”, de ser una “desviación pequeño burguesa”, de no ofrecer absolutamente nada, y de seguir “la trayectoria liberal, egoísta y panzuda de los políticos gobernantes” (13).

Con cierta insistencia, la historiografía ha asumido acriticamente, más que el carácter anarquista de la CNT, un cierto *fatalismo faísta*. La historia nos enseña justamente lo contrario y Ledesma no erraba en su actitud: la corriente *faísta* era un cuerpo extraño en la trayectoria última de la CNT, una anomalía que acabaría por marginar el sindicalismo revolucionario en beneficio del aventurerismo y el pistolero archiliberal, nieto del racionalismo decimonónico. Nadie mejor que los cabecillas faístas eran conscientes aquel año de 1931 de que si “la fracción moderada de la CNT conseguía imponer sus pretensiones de borrar de los sindicatos la influencia anarquista, los anarquistas quedarían aislados de la clase obrera” (14): otra opinión más que vendría a desmentir la *teoría* de la imposibilidad de una trayectoria hegemónica del sindicalismo revolucionario y nacionalista en el seno de la CNT.

Si Ledesma sabía quién debía ser el protagonista de la revolución nacional, no menos desencaminado andaba en señalar a la facción de los *treinta* como representantes de la quintaesencia del sindicalismo auténtico, comunitarista, evolucionista, realista, cuya columna vertebral ideológica no estaba lastrada en absoluto por el liberalismo ni por el individualismo.

Ejemplo de lo que decimos lo ofrece buena parte de la literatura política generada por el *pestañismo* o *trentismo*. Así, Ricardo Fornells escribía en marzo de 1933: “El viejo tipo del revolucionario anarquista no es ya útil en el grado que lo era antaño, y pierde cada día más su valor. No se detiene a examinar la vida de las colectividades después de la revolución y se imagina que ellas, como en los infantiles cuentos de príncipes vivirán felices, y colorín colorado. Pero esto es contrario a la realidad y puede que lo sea hasta de la naturaleza, ya que es difícil concebir al hombre, sin deseos, actividades, ni propósitos.

Lo que ocurre es que las doctrinas ocupaban antes el lugar que ahora ocupan las realidades, y las exigencias puramente racionales no pueden hallar acomodo a la solicitud de los hechos.

La grave crisis que sufre el racionalismo, y que acabará en estrepitoso fracaso, arrastra muchas concepciones en su caída, y el anarquismo se salvará cuando, revisándose, se desprenda de aquellas influencias y por la experimentación se renueve.

Hoy el anarquismo no puede dar al proletariado los elementos de realización revolucionaria, ni mucho menos los constructivos de la sociedad futura, cuya es la misión que el sindicalismo se ha propuesto.

El movimiento emancipador del proletariado, que tanto debe a los formidables valores críticos del anarquismo, ha seguido una trayectoria tan feliz que, interpretando y adoptando las ideas de nuestro siglo, ha formado sus teorías, se ha convertido en un cuerpo de doctrina y en una organización viva que le permite llevar a la práctica lo inmediato y realizable del anarquismo, sin necesidad de sujetarse a él y en completa independencia.

El anarquismo especula con ese hombre abstracto, creación del racionalismo; y el sindicalismo toma al hombre tal cual es, con su cuerpo real de carne y huesos y moviéndose en la colectividad. Y solamente así, halla (lo que no puede el anarquismo) la fórmula social por la cual cada individuo obtiene el máximo de libertad dentro de la colectividad, que asegura su existencia por la ordenación sistemática y por la justa distribución de la riqueza.

El concepto racionalista de hombre es falso. Ese hombre no existió nunca...” (15).

Frases casi calcadas podemos encontrar, sin el mayor esfuerzo, en el discurso ramirista. Dicho de otro modo: de haber cambiado el rumbo de la CNT bajo la dirección del sindicalismo revolucionario, de haberse impuesto un discurso radical y auténticamente antiburgués, se hubieran dado las condiciones mínimas para una acción política anticapitalista y posliberal. Es por esto que podemos hablar de 1931 como de un año clave en la trayectoria de Ledesma Ramos, que además lastrará todo su posterior empeño político hasta días antes del inicio de la guerra civil de 1936-39.

Notas:

(1) R. del Águila Tejerina, *Ideología y fascismo*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982, p. 243.

(2) Ledesma escribe el 11 de julio de 1936 —es necesario que retengamos la fecha— en un artículo titulado “De cara a lo fundamental” las siguientes líneas: “Nos cuesta poco esfuerzo reconocer la licitud política del Gobierno Casares Quiroga, y también, naturalmente, la del Frente Popular. Y se la otorgamos, no a título de reconocimiento de virtudes, sino por su carácter de sucesores forzados de una etapa, entre calamitosa y grotesca, donde apareció demostrada la ineptitud de los hombres y la flaccidez de los ideales derechistas.

*Nuestra Revolución* no moverá, pues, pleito alguno al Gobierno. Nos importan, más que esos menesteres, otros que reputamos de más sustancia nacional e interés para los españoles” (*Nuestra Revolución*, 1, 11-VII-1931, en R. Ledesma, *Escritos políticos 1935-1936*, Rivadeneyra, Madrid, 1988, p. 286).

(3) *Discurso a las juventudes de España*, Rivadeneyra, 7ª ed., Madrid, 1981, p. 65.

(4) Remito al lector/a al artículo de Ledesma que apareció en la p. XI del *Ad hoc* del anterior número de *Tribuna de Europa*. En marzo de 1935, Ledesma hace un llamamiento, entre otros, “al grupo disidente de la CNT, a los treinta, al partido sindicalista que dirige Ángel Pestaña” y “a Josquín Maurín y a sus camaradas del bloque obrero y campesino”.

(5) “Unos minutos con el camarada Álvarez de Sotomayor, de los Sindicatos Únicos”, *La Conquista del Estado*, 11, 23-V-1931 (*Escritos políticos*, 1931, Rivadeneyra, Madrid, 1986, p. 184). En el preciso momento de la huelga de la Telefónica, la CNT rondaba el millón de afiliados, cifra que superó un año después —1932— hasta alcanzar el millón doscientos mil. Recordemos que la población española en 1930 está situada en poco más de 23.650.000 habitantes. No está demás recordar aquí que para Ledesma la CNT era una *fuerza nacionalista* y así se demostró años más tarde cuando, en 1937, la represión estalinista se cebó en el POUM, lo que provocó un contundente rechazo del anarco-sindicalismo a la presencia soviética en España. Así, Raymond Carr no deja de observar que los anarquistas “deseaban una ‘revolución de matiz eminentemente nacionalista’, cuyos héroes eran los guerrilleros de la Guerra de la Independencia y el Cid antes que los amrineros del Potemkin” (*España 1808-1939*, 2ª ed., Ariel, Barcelona, 1970, p. 634).

(6) “El individuo ha muerto”, *La Conquista del Estado*, 11, 23-V-1931 (*Escritos políticos*, 1931, op. cit., pp. 186-187).

(7) R. Ledesma, “No hay autoridad constituyente”, *La Conquista del Estado*, 15, 20-VI-1931 (*Escritos políticos*, 1931, op. cit., p. 225).

(8) Cit. por Antonio Elorza, "La estrategia del POUM en la guerra civil", en J. Fontana *et al.*, *La II República. Una esperanza frustrada. Actas del congreso Valencia Capital de la República (Abril 1986)*, Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1987, p. 127.

(9) Cit. por Carlos M. Rama, *La crisis española del siglo XX*, FCE, 3ª ed., Madrid, 1976, p. 146.

(10) Cit. por C.M. Rama, *op. cit.*, p. 146.

(11) La lucha por el poder en el seno de la CNT y el triunfo de los faístas en 1931, supuso de hecho el final de las previsiones estratégicas ramiristas con respecto a ganar los sindicatos únicos para la revolución (véase, por ejemplo, su art. "La Revolución y la violencia", *La Conquista del Estado*, 11, 23-V-1931).

(12) "Se desmorona el régimen liberal-burgués", en *La Conquista del Estado*, 13, 6-VI-1931 (*Escritos políticos, 1931*, *op. cit.*, p. 203).

(13) "La vida política", *La Conquista del Estado*, 22, 17-X-1933 (*Escritos políticos, 1931*, *op. cit.*, pp. 281-282).

(14) Abel Paz, *Durruti en la revolución española*, Laia, Barcelona, 1986, p. 73.

(15) "La trayectoria del sindicalismo", *El combate sindicalista*, Valencia, 4-III-1933 (cit. en X. Paniagua y J.A. Piqueras, *Trabajadores sin revolución*, Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1986, pp. 231-232).

[Artículo extraído de la revista *Tribuna de Europa*, 14, 2ª época, Barcelona, primavera de 1998, pp. 32-34. Desconocemos a qué nombre y apellido corresponden las siglas "S.B.", dato que no nos ha sido facilitado por la citada publicación]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO  
>DOCUMENTO N. 8